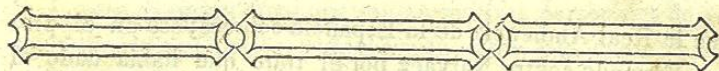


los preparativos de defensa hechos por el enemigo. No juzgó oportuno detenerse en Tlacopan, porque su proximidad á México habria podido acarrear el levantamiento de toda la belicosa poblacion de la primera de estas ciudades.

Al dia siguiente muy de mañana volvió á emprender la marcha tomando el camino que en su primera expedicion, al norte de los lagos pequeños. Molestáronle menos los enemigos que en las ocasiones anteriores, lo que en parte era debido probablemente, al tiempo que estaba muy tempestuoso. Los soldados con sus vestidos pesados á fuerza de mojarse, pasaron con dificultad por angostos caminos recorridos por un torrente. Una ocasion, segun nos refiere el militar cronista, descuidaron los oficiales de hacer la ronda nocturna, y les centinelas de montar guardia, fiados en la furia de la tempestad; sin embargo de que lo sucedido con Narvaez debiera haberles enseñado á no fiarse en los elementos.

En Atcolman, en el territorio acolhua, se reunieron con Sandoval, con el cacique de Tetzoco y con algunos otros hidalgos entre los cuales habia varios recién llegados de las Islas. Abrazaron cordialmente á sus camaradas y les comunicaron la noticia de que ya estaba completo el canal y que los bergantines que ya tenian su jarcia y velámen, estaban listos para ser botados en el agua. Por lo tanto ya no habia razon de demorar las hostilidades contra México. Despues de tan satisfactoria bienvenida, Cortés y sus legiones vencedoras, entraron por última vez en la capital acolhua, despues de gastar tres semanas completas en dar la vuelta á todo el valle.



#### CAPÍTULO IV.

CONSPIRACION EN EL SENO DEL EJÉRCITO.—SE ECHA AL AGUA Á LOS BERGANTINES.—FUERZA DEL EJÉRCITO.—EJECUCION DE XICOTENCATL.—MARCHA DEL EJÉRCITO.—PRINCIPIO DEL SITIO.

(1521.)

PRECISAMENTE al mismo tiempo que Cortés se ocupaba en reconocer el valle y en prepararse para el sitio de la capital, trabajaba activamente una faccion en Castilla por subvertir la autoridad de Cortés y por desbaratar al mismo tiempo sus planes de conquista. La fama de sus heróicos hechos se habia dilatado no solo por las islas, sino por España y otros países de Europa, donde causó general admiracion la indómita energía del hombre que puede decirse que con su solo brazo luchó por tan largo tiempo con el poderoso imperio indio. Solamente la ausencia del monarca español de sus dominios, y los disturbios del reino pueden esplicar la supina indiferencia con que miró el gobierno el fomento de aquella grande empresa. A esto se allegan las diligencias que haciañ Velazquez y Narvaez ayudados por un abogado tan poderoso como era el obispo Fonseca, Presidente del Consejo de Indias. Llevaba las riendas del gobierno Adriano de Utrecht, antiguo preceptor de Carlos, y despues Papa; hombre de saber y de alguna sagacidad, pero omiso y tímido en su política, y sobre todo, incapaz de aquella actividad y resolucion que distinguian el génio atrevido de su predecesor el cardenal Ximenez.

Sin embargo, en la primavera de 1521 se espidieron algunas providencias por el Consejo de Indias que produjeron un cambio importante en las cosas de Nueva España. Determinóse



que la Real Audiencia de la Española sobreseyese en el proceso formado contra Narvaez por el trato que habia dado al Lic. Ayllon: que el desgraciado comandante fuese sacado de la prision en que estaba en Veracruz; y que se enviase á México un visitador que averiguase los procedimientos de Cortés, é hiciese amplia y cumplida justicia al gobernador de Cuba. No faltaban en la corte quienes viesen con desagrado estas determinaciones por juzgarlas indigna recompensa de los servicios de Cortés, y porqué pensaban que de todos modos eran inoportunas y podian desanimar al general ó aun arrojarle al extremo de la desesperacion. Pero el arrogante obispo de Búrgos despreciaba todas estas observaciones, y habiendo aprobado la regencia las determinaciones del Consejo, fueron firmadas por los que componian este cuerpo, en 11 de Abril de 1521. Tapia, uno de los oidores de Santo Domingo, fué la persona escogida para ir á Veracruz. Pero afortunadamente sobrevinieron ocurrencias que demoraron la ejecucion de los planes, y que permitieron á Cortés proseguir sin rémora en su carrera de conquistista.<sup>1</sup>

Pero al paso que se le permitia, á lo menos por ahora, permanecer en su autoridad, le amagó otro peligro intestino que no solo ponía en conflicto esa autoridad, sino aun su vida misma: era una conspiracion de un carácter mas serio y peligroso que cuantas hasta entonces se habian descubierto. Promovióla un simple soldado, nombrado Antonio Villafaña, cuyo nombre seria desconocido á no ser por la parte que tuvo en esta trama. Pertenecia á los de Narvaez, á ese semillero de descontentos que por todo se disgustaban y que siempre estaban prontos á amotinarse. Verdad es que desde que en Tlaxcallan se separaron algunos de sus compañeros, se habian quedado voluntariamente; pero siempre movidos de la codicia que les hizo embarcarse en la expedicion, y que no debian ver satisfecha todavía. Participaban poco de ese espíritu romanesco de los primitivos compañeros de Cortés, y los secos laureles de la victoria les parecian despreciable recompensa de tantas fatigas y padecimientos.

<sup>1</sup> Herrera, *Hist. General*, dec. 3, lib. 1, cap. 15. *Relacion de Alonso de Veraza, escribano público de Veracruz. MS., dec. 21.*

A estos se unian otros que tenian motivos personales de resentimiento con Cortés, y finalmente, otros que desconfiaban del buen éxito de la campaña. El negro destino de los compañeros que habian caido cautivos, los llenaba de desaliento: ya se imaginaban víctimas del espíritu quimérico del general, quien sin contar con los recursos suficientes se atrevia á provocar á un enemigo feroz y formidable; y finalmente, se estremecian al pensar que iban á perseguir á este enemigo hasta sus recónditos hogares, donde la desesperacion le debia hacer sacar decuplas fuerzas.

Estos menguados, de buena voluntad habrian abandonado la empresa y vuéltose á Cuba; pero ¿cómo hacerlo? Cortés era dueño de todo el camino, desde la capital hasta la playa; y por otra parte sin orden suya ningun barco saldria del puerto. Demas de esto, aun sacándole fuera de combate, quedaban otros capitanes que ocuparian su lugar: era preciso, pues, juntamente con el general asesinar á Sandoval, Olid, Alvarado y otros dos ó tres de los mas adictos á los intereses del conquistador. Los conspiradores determinaron dar el grito de libertad, seguros de que los seguiria gran parte del ejército, ó por lo menos la bastante para salirse con su intento. Proponianse dar el mando despues de la muerte de Cortés, á Francisco Verdugo, cuñado de Velazquez. Era un hidalgo honrado y no era cómplice de sus designios; pero ellos no dudaban de que aceptaria el mando que como por fuerza se le conferia y que así se grangearian la proteccion del gobernador de Cuba, quien, fuera de esto tenia tal odio á Cortés, que aprobaria todos sus procedimientos.

Los conspiradores llegaron á nombrar aun á los oficiales subalternos: á un alguacil mayor en lugar de Sandoval; á un cuartel-maestre general, en el de Olid, y así de los demas.<sup>2</sup> El tiempo prefijado para la ejecucion del plan era á poco de volver Cortés de su expedicion. Debian presentarle estando á la mesa, un paquete de cartas que se supondria recién llegadas

<sup>2</sup> "Habia alguacil mayor é Alferes y Alcaldes y Regidores y Contador y Tesorero y Veedor y otras cosas deste arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes y caballos."

Bernal Diaz, cap. 146.



de Castilla; y cuando mas distraído estuviere en abrirlas, arrojarse sobre él y sus oficiales y despacharles á puñaladas. Tal era la inicua maquinacion para acabar con Cortés y su conquista; pero una conspiracion para que no se malogre, mayormente si intervienen en ella muchas personas, debe ser de tal naturaleza que medie poco tiempo entre su concepcion y su ejecucion.

El dia anterior al señalado para la perpetracion del crimen, uno de los conspiradores arrepentido de él, vino á la tienda del general y solicitó una entrevista privada con él: arrojóse á las plantas de Cortés y le reveló todos los pormenores del complot, añadiendo que en poder de Villafaña paraba un papel en que estaban los nombres de los cómplices. Cortés, á quien parece que habia herido un rayo, no perdió momento en aprovecharse del aviso. Llamó á Sandoval, Alvarado y otros dos ó tres oficiales designados por el conspirador, les impuso del negocio, y acompañado de ellos y de cuatro alguaciles se dirigió á la tienda de Villafaña.

Encontráronle conversando con tres ó cuatro amigos que tambien fueron aprendidos al instante, y puestos bajo buena guardia. Villafaña sorprendido de la súbita aparicion del comandante, sacó del seno el papel que contenia las firmas de los conspiradores, é intentó tragárselo; pero Cortés le detuvo el brazo y le quitó el papel. Al pasar rápidamente la vista por la lista fatal, quedó asombrado de encontrar en ella los nombres de varias personas que gozaban en el ejército de alguna consideracion. Hizo pedazos la lista y mandó preso á Villafaña. Juzgósele inmediatamente por un consejo de guerra que con precipitacion reunió Cortés y que presidió él mismo. Parece que no cupo duda de la culpabilidad del acusado, el cual fué condenado á muerte, la que se ejecutó despues de darle el tiempo necesario para arreglar sus negocios espirituales, ahorcándole y colgándole de las ventanas de su aposento.<sup>3</sup>

Los que ignoraban la conspiracion quedaron asombrados de aquel espectáculo; y el resto de los conspiradores llenos de

<sup>3</sup> *Ibid*, loco citato. Oriedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 48. Herrera, *Hist. General*, dec. 3, lib. 1, cap. 1.

consternacion al ver que su maquinacion estaba descubierta y que igual destino que á Villafaña se les esperaba tambien á ellos. Pero se engañaban: Cortés hizo parar allí las cosas. Una ligera reflexion le convenció de que obrar de otra suerte era comprometerse en averiguaciones desagradables y aun peligrosas; y bien que todos los cómplices de tan negro crimen fuesen acreedores á la muerte, prefirió perdonarles y contentarse con el castigo del cabecilla, á la pérdida de sus cómplices, siendo tan reducida la fuerza del ejército.

Reunió á todas las tropas y las instruyó en breves palabras del crimen por el cual habia sido ahorcado Villafaña. Dijo que nada habia confesado y que se habia llevado consigo los secretos de la conspiracion. Manifestó la pena que le causaba ver que en sus filas habia personas bastante bajas para entrar en maquinaciones tan péfidas, y aseguró tener la certeza de que entre los que le escuchaban nadie habria que se sintiese agraviado por sus palabras; pero que si alguno lo estaba, lo dijese francamente para darle cumplida satisfaccion.<sup>4</sup> Pero no hubo ninguno que aunque agraviado creyese conveniente quejarse en aquel momento: lo que menos querian los conspiradores era esto, pues se reputaban felices en haber escapado (á su entender) de que los descubriera, y en quedar en disposicion de alistarse entre los malcontentos en ocasion mas oportuna. Aquí paró, pues, el negocio, sin ulteriores resultados.

La conducta de Cortés en esta ocasion prueba una gran sangre fria y conocimiento del corazon humano. Si hubiese publicado á las claras, ó siquiera dejado traspasar los planes que habia descubierto, habria vuelto sus enemigos irreconciliables á todos los implicados en aquellos: á una imprudencia de esta clase que cometió Luis XI al principio de su reinado, debió los disturbios que le agitaron despues.<sup>5</sup> Una vez arrancada la

<sup>4</sup> *Ibid*, ubi supra.

<sup>5</sup> Así dice M. Barante en su pintoresco rifacimento de las antiguas crónicas. "Los procesos del Condestable y del Señor de Némours, habian hecho que estallase su mala voluntad ó á lo menos su poca fidelidad al rey; ellos no podian, pues, dudar de que él deseaba ó maquinaba su ruina." *Hist. de los duques de Borgoña* (Paris, 1838), tomo XI, pág. 169.



máscara ya no había ocasion ni de disimular las apariencias: parece que se cerraba la puerta al arrepentimiento, y la malevolencia que sin esto se habría mitigado por el tiempo, las circunstancias ó la generosidad, habría degenerado con otra conducta en odio profundo é implacable rencor. Cortés se habría visto rodeado en su campo mismo de enemigos mas implacables que los aztecas.

De todos modos, los culpables habían recibido el escarmiento bastante para no volver á arriesgar sus vidas en tramas de la misma clase; y procuraron con demostraciones de lealtad y con la asiduidad en el servicio, alejar de sí toda sospecha. Cortés por su parte tuvo estudio en guardar su porte habitual, igualmente distante de la desconfianza, y (lo que es todavía mas difícil) de esa estudiada afabilidad que revela con toda claridad las sospechas que se tienen de aquel á quien se dispensa. En verdad que no era poca la habilidad que se necesitaba para obrar de esta suerte; pero sin embargo, no olvidó lo pasado; porque el hombre que había roto la lista en que estaban los nombres de los conspiradores contra su vida, no necesitaba de tenerlos escritos para que no se le olvidasen. No apartaba de ellos la vista y cuidaba de ponerlos siempre donde no pudiesen dañarle.<sup>6</sup>

Esta tentativa contra la vida del general produjo en el ejército una fuerte sensación, porque sus prendas fascinadoras y talentos militares, le habían ganado el favor de éste. Mostráronle los soldados grande empeño en significar cuánto reprobaban tan infame traición, nacida de entre ellos mismos; y conocieron la necesidad de velar sobre la vida de aquel de cuyo destino dependía el suyo propio y el de la grande empresa que acometían. Determinóse, pues, que la persona de Cortés quedaria bajo la custodia de una guardia mandada por un hidalgo digno de toda confianza, nombrado Antonio Quiñones. Sirvióle al general durante el resto de la campaña, como de guardia de corps que lo cuidaba de día y de noche, y que lo defendía de la traición doméstica y del acero enemigo.

<sup>6</sup> "Y desde allí adelante, aunque mostraba gran voluntad á las personas que eran en la conjuración, siempre se recelaba dellos." Bernal Diaz, cap. 146.

Como hemos dicho al fin del capítulo precedente, cuando volvieron los españoles á sus cuarteles, encontraron acabados los bergantines, que ya aparejados podían ser botados al agua. El canal por su parte, también había sido concluido, merced á ocho mil indios que habían trabajado en él por cerca de dos meses.

Era obra de mucho trabajo, pues tenía media legua de largo, doce piés de ancho, y otros tantos de profundidad. Los dos lados estaban asegurados con palizadas ó con obras de mampostería. De trecho en trecho había compuertas y diques, y parte del canal estaba cortado en la viva peña. Por aquel canal podían ser echados los bergantines en el agua con toda seguridad.<sup>7</sup>

Cortés había resuelto que tan feliz acontecimiento se solemnizase debidamente. El 28 de Abril formaron todas las tropas, y la población de la ciudad asistió á la ceremonia. Díjose misa, y todos los del ejército, incluso el general, recibieron el Sacramento. Recitáronse por el padre Olmedo las oraciones adecuadas, y se invocó la bendición del cielo sobre aquella flotilla, la primera digna de tal nombre que surcaba las aguas americanas.<sup>8</sup> La señal era un cañonazo despues del cual las embarcaciones fueron echadas una por una en el agua, y llegando sucesivamente en la laguna. Al salir á su ancha superficie, con el soberbio pabellon de Castilla flameando en los mástiles, y con músicas que llevaban dentro, arrojó un grito de admiración la innumerable multitud; el rumor que formaba se mezclaba con el fragor de los cañones y mosquetes que hacían fuego desde la ribera y dentro de las naos mismas.<sup>9</sup> Era aquel

<sup>7</sup> *Ixtlilcochill, Venida de los españoles*, pág. 19. *Relac. Terc. de Cortés*, pág. 234. "Obra grandísima," esclama el conquistador, "y mucho para ver." "Fueron en guarda destes bergantines," añade Camargo, "mas de diez mil hombres de guerra con los maestros de ellos, hasta que los armaron y echaron en el agua y laguna de México, que fué obra de mucho efecto para tomarse México." *Hist. de Tlaxcallan*, MS.

<sup>8</sup> Los bergantines se conservaban todavía mucho tiempo despues de la conquista, en los astilleros de México, como monumentos preciosos. *Tribio, Hist. de los Ind.*, MS., parte 1, cap. 1.

<sup>9</sup> "Dada la señal saltó la presa, fueron saliendo los bergantines sin tocar uno á otro apartándose por la laguna, desplegaron las banderas, tocó la música, dispararon su artillería, respondió la del ejército así de castellanos como de indios." *Herrera, Historia General*, dec. 3, lib. 1, cap. 6.